

El Oriente desplazado

Martín Bergel

EL ORIENTE DESPLAZADO

LOS INTELLECTUALES Y LOS ORÍGENES
DEL TERCERMUNDISMO EN LA ARGENTINA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Mario E. Lozano

Vicerrector
Alejandro Villar



Universidad
Nacional
de Quilmes
Editorial

Bernal, 2015

Colección La ideología argentina y latinoamericana
Dirigida por Jorge Myers

Bergel, Martín

El oriente desplazado: los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en la Argentina / Martín Bergel. - 1a ed. - Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2015.

356 p.; 23 x 15 cm. - (La ideología argentina y latinoamericana / Myers, Jorge)

ISBN 978-987-558-365-8

1. Orientalismo. 2. Historia Argentina. 3. Intelectuales. I. Título.
CDD 306

Ilustración de tapa: el Gandhi de Romain Rolland en el diario *Crítica*, Buenos Aires, 3 de abril de 1924

Diseño: Hernán Morfese

© Martín Bergel, 2015

© Universidad Nacional de Quilmes. 2015

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352
(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires
República Argentina

editorial.unq.edu.ar
editorial@unq.edu.ar

ISBN: 978-987-558-365-8

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina

ÍNDICE

Introducción	11
Capítulo I. De Sarmiento al positivismo finisecular: la idea de Oriente en el siglo XIX argentino	29
La configuración de la matriz orientalista sarmientina	31
El romanticismo argentino y el Oriente de Sarmiento	38
Mansilla y Obligado: el viaje a Oriente como mecanismo de distinción	51
Orientalismo y cultura científica	57
Capítulo II. Prensa moderna, modernismo literario y teosofía en la Argentina de entresiglos: la erosión del orientalismo sarmientino	69
Modernización de la prensa y nuevas imágenes del Oriente	73
Autonomía estética y perplejidades civilizatorias: el orientalismo del modernismo literario	94
Las afinidades orientales de la teosofía y sus reverberaciones argentinas	113
Capítulo III. La circulación internacional de las luchas antiimperialistas y el “despertar del Oriente”	125
Gran Guerra y crisis del europeísmo	128
Autodeterminación nacional y “despertar del Oriente”	135
Reformismo universitario, antiimperialismo y orientalismo invertido	146
Comunismo, socialismo y la “cuestión de Oriente”	156
<i>Crítica</i> , o las opciones geopolíticas de la prensa popular	173
Capítulo IV. Misticismo y regeneración civilizatoria: la recepción espiritualista del “mensaje de Oriente”	185
Reformismo universitario y “nueva sensibilidad”	188
Romain Rolland: la mediación europea	197
El mensajero del Oriente: Rabindranath Tagore	208
Cierre por las vanguardias	222

Capítulo V. El Oriente, tema latinoamericano: el orientalismo invertido en las redes continentales de los años veinte	233
Cartas, viajes, revistas: las redes intelectuales latinoamericanas de 1920	
en la circulación de motivos orientalistas	234
José Vasconcelos: misticismo oriental y vocación de síntesis	244
Haya de la Torre, el Oriente y la invención de lo nacional-popular latinoamericano	258
La parábola de la dupla Oriente-Occidente en el pensamiento de José Carlos Mariátegui	276
Capítulo VI. Una reacción de los intelectuales nacionalistas católicos: la “defensa de Occidente”	291
El renacimiento intelectual católico argentino	292
Manuel Gálvez y la “defensa de Occidente”	298
El antiamericanismo de Juan Emiliano Carulla	307
El antimodernismo de César Pico y la refundación católica de Occidente	311
<i>La Nación</i> como caja de resonancia	316
Epílogo	325
Fuentes y bibliografía	335

A mis padres y hermanas

A Oscar Terán, in memoriam

INTRODUCCIÓN

Tal vez, andando el tiempo, se diga con verdad que la realidad histórica más profunda de nuestros días, en parangón con la cual todo el resto es solo anécdota, consiste en la iniciación de un gigantesco enfrentamiento entre Occidente y Oriente.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET, “El problema de China” (1923)

La sentencia de Ortega y Gasset en uno de los primeros números de su *Revista de Occidente* resulta sin dudas sorprendente a nuestros ojos. La idea según la cual, en relación con la tramitación de los roces de nuevo tipo de entidades que recibían el nombre de “Oriente” y “Occidente”, en la situación del mundo de la primera posguerra toda otra cuestión era asunto menor, no ha quedado consagrada como una verdad histórica irrefutable. Y sin embargo, y aunque en esa aseveración se observa el gesto del filósofo que busca esclarecer fenómenos que permanecen inadvertidos o no percibidos en toda su hondura por sus contemporáneos, numerosas evidencias parecían darle razón acerca del peculiar espesor que ese tema asumía entonces.

Esa nueva intimidad que revestían las relaciones entre Oriente y Occidente en la década de 1920, continuaba Ortega, constituía “el primer hecho verdaderamente global, pese a las ilusiones de mundialidad que la última guerra se hizo”.¹ Pero incluso el pensador español no parecía realizar esas afirmaciones teniendo en mente todas las regiones que se veían afectadas por la universalidad del problema sobre el que buscaba llamar la atención. También América Latina y, más específicamente, la cultura argentina, se hallaban bajo su influjo.

Este libro se propone reconstruir las líneas directrices de un fenómeno que hasta aquí no ha llamado debidamente la atención de los estudiosos. Se trata del ingreso y la difusión en la Argentina de una nueva imagen de “Oriente”, llamada a invertir el signo que pesaba en las representaciones

¹ Ortega y Gasset, José, “El problema de China. Un libro de Bertrand Russell”, *Revista de Occidente*, N° 3, septiembre de 1923, p. 379.

clásicas que lo habían tenido por objeto en el siglo XIX.² Si durante ese período los grupos letrados, ejemplarmente en el caso de Sarmiento, habían asociado esa noción a valores negativos, desde comienzos del siglo XX y, sobre todo, ante la percepción de la “crisis de Occidente” que había proliferado como corolario del estallido de la Primera Guerra Mundial, desde diversos espacios de enunciación de la cultura argentina del período comenzó a tematizarse un “despertar del Oriente”. En efecto, como señalaba ya José Luis Romero, fue la Guerra del 14 la que obró como condición de posibilidad para la desestabilización del Occidente europeo como campo ampliamente hegemónico de referencias culturales en el espacio argentino y latinoamericano, y para la concomitante apertura hacia nuevos polos de positividad. Según puntualizaba el notable historiador, tras la gran conflagración cobraron forma “movimientos de opinión que comenzaron a estimar según una nueva escala de valores las influencias europeas [...] hubo un reajuste del valor relativo de las distintas influencias que podían recibirse en cada región, percibidas como un repertorio de posibilidades. Europa dejó de representar un valor único y comenzó a representar un valor entre otros”.³

Es al interior de esa relativización histórica de la cultura europeo-occidental señalada por Romero que pretende ubicarse la contribución ofrecida en este trabajo, que parte de la idea de que la década de 1920 es un momento de peso en el rediseño de los mapas político-culturales y la valoración de los bienes simbólicos provenientes de distintas zonas del mundo, que se continuaría y profundizaría en las décadas siguientes. Ahora bien, si entre los polos de positividad emergentes una importante masa bibliográfica se aproximó de diversos modos al expansivo americanismo, que surgido hacia comienzos de siglo se irradió y robusteció también tras la guerra –declinado en diversas variantes: latinoamericanismo, hispanoamericanismo, indoamericanismo–,⁴ no ha ocurrido lo mismo con la sensibilidad de nue-

² En adelante, cuando se utilice el término “Oriente” y sus derivados, se estará refiriendo a las representaciones de la imaginación argentina y occidental que constituyeron un campo de significación bajo ese nombre. Por ello, se prescindirá en general –salvo algún caso en el que se quiera subrayar esa faceta representacional–, y luego de esta aclaración, del uso de las comillas.

³ Romero, José Luis, *Latinoamérica. Situaciones e ideologías*, Buenos Aires, Ediciones del Candil, 1967, “La situación básica: Latinoamérica frente a Europa”, p. 35.

⁴ Véanse, entre muchos trabajos de diferente signo, Ardao, Arturo, “Panamericanismo y latinoamericanismo”, en Zea, Leopoldo (coord.), *América Latina en sus ideas*, México, Siglo XXI, 1986; Portantiero, Juan Carlos, *Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la Reforma Universitaria (1918-1938)*, México, Siglo XXI, 1978; Fell, Claude, *José Vasconcelos: los años del águila (1920-1925)*, México, UNAM, 1989; Melgar Bao, Ricardo, *Mariátegui, Indoamérica y las crisis civilizatorias de Occidente*, Lima, Amauta Editora, 1995; Sarlo, Beatriz, “La perspectiva americana en los primeros años de Sur”, en Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997; Rodríguez, Fernando, “Inicial, Sagitario y Valoraciones. Una aproximación a las letras y la política de la nueva generación”, en

vo tipo sobre el Oriente que cobró consistencia también hacia esos años. A ese fenómeno está dedicado el presente libro.

ORIENTALISMO INVERTIDO

Llamamos a ese discurso emergente en las primeras décadas del siglo XX *orientalismo invertido*, un concepto que merece una precisión inicial. Como la mayoría de las aproximaciones que tienen por materia a las representaciones de Oriente –y no a su configuración “real”–, esta investigación se instala en el terreno abierto a partir de la publicación de *Orientalismo*, el clásico libro de Edward Said. Esa dimensión representacional a la que aquí se atiende conlleva una serie de características vinculadas a algunas premisas establecidas por el estudio del intelectual palestino. En primer lugar, por *orientalismo* se entiende un discurso proliferante y diseminado en un amplio espectro de manifestaciones intelectuales y culturales, que produce y reproduce desde el exterior –desde el mundo no-oriental, en este caso la periferia argentina– un conjunto de motivos que otorgan significación a las realidades que quedan comprendidas bajo el nombre de Oriente.⁵ En segundo lugar, se trata de un prisma unificador y globalizante que agrupa en esa noción –y en sus términos asociados– a un espectro heterogéneo de espacios de historicidad, y que por tanto niega u oscurece diferencias y especificidades. El Oriente es así una entidad ubicua, que no se corresponde estrictamente con un área geográfica claramente delimitada. Ciertamente, su nombre resuena de modo preferencial con relación a una serie de lugares: los países árabes del norte de África, Siria, Palestina, China, India o Japón, casos todos que en ocasiones fueron visitados en sus particularidades. Pero junto a ellos, otras regiones africanas, asiáticas y aun de Oceanía pudieron ser incluidas en el Oriente. Incluso lo fue Rusia, alternativamente evocada

Sosnowski, Saúl (ed.), *La cultura de un siglo. América Latina en sus revistas*, Buenos Aires, Alianza, 1999; Altamirano, Carlos, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, “Latinoamérica en espejos argentinos”; Funes, Patricia, *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*, Buenos Aires, Prometeo, 2006; Pita González, Alexandra, *La Unión Latino Americana y el Boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*, México, El Colegio de México/Universidad de Colima, 2009; Bergel, Martín, “América Latina, pero desde abajo. Prácticas y representaciones intelectuales de un ciclo histórico latinoamericanista (1898-1936)”, *Cuadernos de Historia*, N° 36, Santiago de Chile, 2012.

⁵ Como ha sido señalado con posterioridad al libro de Said, también los intelectuales “orientales” han contribuido a la fijación de ciertos estereotipos caros al orientalismo. Véase, por ejemplo, Bonnett, Alastair, *The idea of the West: Culture, Politics and History*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2004, pp. 79-106. No obstante, las imágenes sobre el Oriente que circularon en la Argentina se construyeron en su gran mayoría en el cruce de la tradición orientalista europea y sus recepciones americanas.

como prolongación europea en el Asia, o como espacio perteneciente de pleno derecho al mundo oriental.⁶ Finalmente, el orientalismo es un discurso forjado a partir de la sedimentación de juicios, imágenes y tópicos de gran perdurabilidad, encadenados en una trama en la que concurren diversos géneros de escritura y distintos mecanismos representacionales: de la ficción y las elaboraciones estéticas, a registros que pretenden extraer la verdad del objeto que construyen –y que pueden involucrar desde el periodismo y los relatos de viaje a la ciencia.

Pero si hablamos de orientalismo *invertido*, es porque lo que aquí nos interesa reponer es la parábola que experimentan las representaciones sobre el tema oriental en la Argentina. En la conocida tesis de Said, “la cultura europea adquirió fuerza e identidad al ensalzarse a sí misma en detrimento de Oriente, al que consideraba una forma inferior”.⁷ En el caso del orientalismo argentino, durante el siglo XIX ese componente subalternizador se desarrolló con especial énfasis. Las referencias orientales, subrayadamente en Sarmiento pero también en una extensa serie de letrados, fueron utilizadas para ilustrar todo aquello de lo que debía escapar una sociedad que pretendía ávidamente sumarse al elenco de países modernos. El Oriente se asoció a disposiciones sociales como la haraganería o la violencia, y a formas políticas como el despotismo, hechos todos que debían ser evitados en una nación civilizada. Pero si al emplear esos elementos los publicistas argentinos decimonónicos se filiaban en la tradición orientalista europea, al mismo tiempo se diferenciaron de una de sus más caracterizadas fracciones, la cultivada sobre todo por el romanticismo. A distancia de lo que ocurría en Europa, donde el Oriente pudo ser tempranamente tanto motivo de pura evocación estética como reservorio moral ante los aspectos negativos abiertos por la modernización, las efusiones orientalistas de Sarmiento y de otros románticos argentinos estuvieron por lo general subordinadas a ulteriores fines políticos o de conocimiento de lo social caros al paradigma civilizatorio que pretendían impulsar.

Esa situación comenzó a alterarse a fines del siglo XIX. Es entonces cuando la noción de Oriente comienza paulatinamente a desplazarse, hasta dibujar una curva que luego de la Primera Guerra Mundial la encuentra, en diversos círculos intelectuales y en zonas variadas de la cultura argentina, cargada ahora de valores positivos. En verdad, esa inversión valorativa no canceló ni el componente imaginario ni el sesgo generalizador propios de las representaciones orientalistas. Tampoco implicó la desaparición de ele-

⁶ La valoración ambivalente de Rusia, ubicada entre el despotismo asiático y la construcción de una vía original de modernización alternativa, recorre el pensamiento europeo desde la Ilustración. Véanse Malia, Martin, *Russia Under Western Eyes: From the Bronze Horseman to the Lenin Mausoleum*, Cambridge, Harvard University Press, 1999; Adamovsky, Ezequiel, *Euro-Orientalism. Liberal ideology and the image of Russia in France (1740-1880)*, Londres, Peter Lang, 2006.

⁷ Said, Edward, *Orientalismo*, Madrid, Debate, 2002 [1978], p. 22.

mentos clásicamente asociados al mundo oriental –como el misticismo, o el carácter misterioso y seductor de sus mujeres–, que en el nuevo escenario continuaron siendo recurrentemente visitados. Por otro lado, si en muchas ocasiones la nueva estima por el Oriente se sustentó en el potencial regenerador atribuido a algunos de sus fenómenos culturales y políticos, en otras lo hizo a partir de la creencia de que al fin habían germinado allí características propias del Occidente –que en ese movimiento revelaba las carencias innatas de los países asiáticos y africanos denunciadas por el orientalismo clásico–.⁸ La versión benévola del Oriente, además, evidentemente no fue patrimonio de todos los estratos y grupos que conformaban la sociedad argentina de la primera posguerra. Algunos de ellos, como veremos, reaccionaron incluso destempladamente contra esa novedosa corriente de simpatía. Pero si todo eso es cierto, lo que aquí interesa resaltar es un hecho inédito que incidiría significativamente en las bases de la nueva imaginación de la geografía político-cultural del mundo que entonces comenzaba a fraguarse en la Argentina y en América Latina: la posibilidad de pensar al Oriente ya no como una diferencia –una otredad– de la cual, en pos de conquistar un camino de progreso, era preciso separarse, sino como un espacio de complicidad con el cual era posible y aun deseable converger.

La torsión en las imágenes orientalistas que nos proponemos reconstruir recibió su principal impulso de dos perspectivas que, en ascenso desde fines del siglo XIX, tras la Guerra del 14 hallaron terreno propicio para fortalecerse y proliferar: el antiimperialismo y el espiritualismo. Ambas vías de reevaluación del Oriente, que coexistieron entrelazadamente y a menudo se superpusieron, aquí serán distinguidas de forma analítica y enfocadas por separado. Ciertamente, el proceso que patrocinaron no fue exclusivo del Río de la Plata. Como intuía Ortega y Gasset, el orientalismo invertido fue una expresión de raigambre global, en el sentido de que fue un movimiento de reconsideración del Oriente que hacia la misma época tuvo lugar en distintas partes del mundo –empezando por los propios países “orientales”–. No obstante, en América Latina –y de un modo especialmente marcado en la Argentina– asumió ribetes singulares. Por un lado, a través del romanticismo Europa ya había conocido en el siglo XIX corrientes de simpatía con el Oriente, en ese entonces inexistentes o marginales en los países latinoamericanos. Por otro, y más importante, enunciados desde la región los juicios positivos sobre referentes orientales anunciaban las primeras señales de vida de una configuración que solo habrá de constituirse plenamente varias décadas después: el Tercer Mundo.

⁸ Como ha sido puesto de relieve por un conjunto de textos, también “Occidente” es un término inestable, que pudo asociarse a geografías diversas y a valoraciones y significados positivos o negativos –producidos desde diferentes puntos del globo–. Véanse, por ejemplo, Carrier, James (ed.), *Occidentalism. Images of the West*, Oxford, Clarendon Press, 1995; Buruma, Ian y Avishai Margalit, *Occidentalism. The West in the Eyes of its Enemies*, Nueva York, Penguin Books, 2004.

Los años de la década de 1920 fueron una encrucijada histórica en la que se plasmaron, intensificaron o redefinieron fenómenos político-culturales de naturaleza global. Los espacios nacionales y locales fueron entonces especialmente permeables a la vigorosa circulación transnacional de ideas, artefactos y personas que se venía acumulando en las décadas anteriores, y cuyos efectos se potenciaron ante la crisis cultural sin precedentes generada por la Primera Guerra Mundial. Como es conocido, la gran catástrofe bélica fue percibida como un cataclismo que minaba las bases que habían presidido la era de expansión capitalista y fe en el progreso que se había desplegado en el siglo XIX. Dentro de ese proceso de revisión de antiguas certezas, el ya mencionado descentramiento de Europa favoreció la emergencia o el fortalecimiento de circuitos e imaginarios alternativos de los hasta entonces hegemónicos. Entre las manifestaciones de esos años veinte en los que hechos de escala regional o global tuvieron un lugar constituyente, el comunismo triunfante en Rusia se estructuró como movimiento mundial y se conformó como un actor que entró a tallar en diversas sociedades de todo el planeta; el latinoamericanismo proliferó en redes continentales que le otorgaban extendida presencia; e incluso el nacionalismo antiliberal o autoritario, propiciador de climas que redundarían en la formación de movimientos de tipo fascista, irrumpió también en conexión a estímulos provenientes de esa influyente arena global –tal lo ocurrido, como se tendrá ocasión de ver en el capítulo VI de esta obra, con la corriente intelectual y política de ese signo que cobra vida en la Argentina en los años finales de la década.

Es dentro de esa gama de formaciones transnacionales emergentes a la salida de la Primera Guerra Mundial que debe ubicarse la configuración en la cultura argentina de un horizonte tercermundista *avant la lettre*.⁹ Evidentemente, resulta anacrónico hablar de Tercer Mundo en los años veinte sin ulteriores aclaraciones. Es sabido que la noción nace y se populariza en la década de 1950 para designar al campo de países que reclamaba para sí autonomía de los dos polos –los dos mundos– que confrontaban en el escenario internacional de la Guerra Fría –el capitalismo norteamericano y el comunismo soviético–. Y sin embargo, es en el período que nos incumbe en este libro cuando por primera vez adviene la característica principal que, al menos desde nuestra región, reluciría en la idea tercermundista: la de la creencia en una comunidad de intereses –con visos de realidad o puramente imaginada– entre América Latina y los países asiáticos y africanos. Es entonces cuando un conjunto significativo de intelectuales y espacios cul-

⁹ El fenómeno, desatendido por regla general, supo ser advertido por Oscar Terán en un pasaje en el que refiere a las “incurSIONES ‘prototercermundistas’” del último José Ingenieros. Véase Terán, Oscar, *José Ingenieros: pensar la nación*, Buenos Aires, Alianza, 1986, p. 102.

turales argentinos puede dar muestras de simpatía o aun de identificación con fenómenos emblemáticos de una nueva era de luchas anticoloniales, como Gandhi, el rifeño Abd-el-Krim o el Kuomintang chino. El Oriente, contramodelo civilizatorio para las élites letradas del siglo XIX, pasaba a ser ahora incluido junto a los referentes del antiimperialismo latinoamericano en una serie común. Y, con ello, comenzaba a vislumbrarse la presencia del emergente “nosotros” tricontinental –un nosotros vaporoso pero altamente significativo– que con posterioridad se afirmaría bajo la noción de Tercer Mundo.

En los últimos años, algunas investigaciones han mostrado cómo la emergencia tras la Primera Guerra Mundial de esa sensibilidad prototercermundista, y de las expresiones de nacionalismo popular que la acompañaron, se comprenden mejor dentro de las orientaciones promovidas recientemente por la llamada historia global –es decir, no tanto como fenómenos nacidos endógenamente en el marco de sociedades nacionales, sino como resultado de intercambios y dinámicas transregionales e intercontinentales–. En un incisivo libro, Erez Manela reconstruyó minuciosamente el impacto del “momento wilsoniano” –la coyuntura de la inmediata posguerra en la que el principio de autodeterminación nacional difundido por el presidente norteamericano Woodrow Wilson despertó expectativas y promueve diferentes apropiaciones en distintos lugares del mundo– en la ola de agitación anticolonial que involucra simultáneamente a varias naciones de Asia y África.¹⁰ Michael Goebel, por su parte, estudió el rol que asumió la París de entreguerras como espacio privilegiado de interacción y aprendizaje mutuo de grupos migrantes y futuros líderes políticos de países latinoamericanos, asiáticos y africanos, en un curso que incidió significativamente en la circulación y el desarrollo del nacionalismo antiimperialista.¹¹ De un modo confluente, en este texto sostenemos que la nueva atracción por los modelos y figuras provistos por el Oriente en la década de 1920 conforma un ingrediente que debe sumarse a las explicaciones sobre el ascenso de la cultura política nacional-popular en América Latina. Este factor, reconocido en las historias del derrotero de las ideas de los años cincuenta y sesenta,¹² en rigor comienza a tener peso con bastante anterioridad. Lo tuvo de modo evidente en un movimiento como el aprismo peruano –como veremos en el capítulo V–, cuyo nacionalismo revolucionario se inspiró manifiestamente en el antiimperialismo de masas del Kuomintang chino. Lo tuvo también,

¹⁰ Manela, Erez, *The Wilsonian Moment. Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism*, Nueva York, Oxford University Press, 2007.

¹¹ Goebel, Michael, *Anti-Imperial Metropolis: Interwar Paris and the Seeds of Third World Nationalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015.

¹² Por ejemplo, véase Terán, Oscar, *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1993 [1991], pp. 112-113.

aunque de manera más indirecta, en el concierto de ideas que se despliega en la cultura argentina de esos años veinte.

En efecto, aunque diversos aspectos de la escena internacional posterior a 1930 desacelerarán ese proceso –y por eso este estudio se cierra en ese momento–, en el ambiente cultural de la primera posguerra en que se entrecruzan y refuerzan americanismo y orientalismo invertido, se pretende ubicar aquí un vector adicional que ayuda a entender el peso cada vez mayor que en la Argentina adquiere el nacionalismo –en sus diversas variantes–, y el concomitante declive de las formas de pensamiento vinculadas a matrices universalistas. Ese fenómeno, que impacta sobre todo en distintas expresiones tributarias de la cultura de izquierdas, involucra también a otras zonas y sensibilidades, en la medida en que el prisma antiimperialista revela ya entonces una notable capacidad expansiva que le permite entretenerse y afectar diversas parcelas ideológicas. Y sin embargo, no fue esa la única manera de procesar en América Latina las nuevas imágenes sobre el Oriente que circulaban desde comienzos de siglo. A veces en coexistencia y otras en disidencia con la emergente perspectiva prototercermundista, las referencias orientales pudieron abonar una tradición al cabo alternativa que, lejos de recusar lo universal, las hizo parte de un afán cosmopolita.¹³

EL ORIENTE COMO TEMA INTELECTUAL Y CULTURAL

En las últimas dos décadas, como una suerte de efecto diferido de la perspectiva abierta por Said –que reverberó profusamente en variadas direcciones–, se ha desarrollado una zona cada vez más nutrida de estudios sobre el orientalismo latinoamericano.¹⁴ Una serie de trabajos se ha concentrado en las relaciones con el Oriente entabladas por el modernismo literario.¹⁵ Otros

¹³ Mariano Siskind recoge algunos usos del Oriente que en América Latina fueron parte activa de esa tradición de “deseos cosmopolitas”. Véase Siskind, Mariano, *Cosmopolitan Desires. World Literature and Global Modernity in Latin America*, Evanston, Northwestern University Press, 2014.

¹⁴ Algunas compilaciones ofrecen un menú del tipo de indagaciones de ese emergente campo de estudios. Véanse Nagy-Zekmi, Silvia (comp.), *Moros en la costa. Orientalismo en Latinoamérica*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2008; Camayd-Freixas, Erik (ed.), *Orientalism and Identity in Latin America. Fashioning Self and Other from the (Post) Colonial Margin*, Tucson, University of Arizona Press, 2013.

¹⁵ Djbilou, Abdellah (ed.), *Diwan Modernista. Una visión de Oriente*, Madrid, Taurus, 1986; Shulman, Iván, “Sobre los orientalismos del modernismo latinoamericano”, *Casa de las Américas*, Nº 223, La Habana, 2001; Tinajero, Araceli, *Orientalismo en el modernismo latinoamericano*, West Lafayette, Purdue University Press, 2004; Morán, Francisco, “Volutas del deseo: hacia una lectura del orientalismo en el modernismo latinoamericano”, *Modern Languages Notes*, vol. 120, Nº 2, Baltimore, John Hopkins University Press, 2005.

han ofrecido valiosos mapas más amplios.¹⁶ En el caso argentino, las fulguraciones orientalistas de Sarmiento han resultado un poderoso imán para un conjunto de indagaciones que ha seguido la estela de un artículo seminal de Carlos Altamirano.¹⁷ Proyectada por el prisma de la travesía sarmientina en el norte de África, la cuestión del viaje a Oriente de otros intelectuales y escritores ha recibido también atención.¹⁸ Por fin, en los últimos años una serie adicional de investigaciones, entre las que sobresalen las de Axel Gasquet, se ha encargado de recoger con minuciosidad otros trazos que hacen a la historia del orientalismo argentino.¹⁹

Sin perjuicio del inestimable valor de esas contribuciones, en las que esta investigación se apoyó constantemente, es preciso señalar que el presente libro está ordenado con arreglo a una clave que se distingue en dos importantes aspectos de las orientaciones predominantes en los estudios que han

¹⁶ Taboada, Hernán, *La sombra del Islam en la conquista de América*, México, FCE/UNAM, 2004; Taboada, Hernán, “Latin American Orientalism. From margin to margin”, en Nagy-Zekmi, Silvia (ed.), *Paradoxical Citizenship: Edward Said*, Lanham, Lexington Books, 2006; Devés Valdés, Eduardo y Ricardo Melgar Bao, “El pensamiento de Asia en América Latina. Hacia una cartografía”, *Revista de Hispanismo Filosófico*, Nº 10, Madrid, 2005.

¹⁷ Altamirano, Carlos, “El orientalismo y la idea de despotismo en el *Facundo*”, *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas “Dr. Emilio Ravignani”*, 3ª Serie, Nº 9, 1994, pp. 8-9; Roldán, Darío, “Sarmiento y el viaje a Argelia. Entre el inmovilismo y la utopía social” y Colombi, Beatriz, “Sarmiento: orientalismo, española y prisma europeo”, en Batticuore, Graciela, Klaus Gallo y Jorge Myers (comps.), *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*, Buenos Aires, Eudeba, 2005; Sena, Isabel de, “Beduinos en la pampa: el espejo oriental de Sarmiento”, en Nagy-Zekmi, S. (ed.), *Moros en la costa... op. cit.*; Civantos, Cristina, “Orientalismo Criollo Style: Sarmiento’s ‘Orient’ and the Formation of an Argentine Identity”, en Camayd-Freixas, E. (ed.), *op. cit.*

¹⁸ Gasquet, Axel, “¿Las ruinas de Oriente u Occidente en ruinas? Fray Servando Pastor, camino de Baabek”, *Revista de Occidente*, Nº 320, febrero de 2008; Cristoff, María Sonia (selección y prólogo), *Pasaje a Oriente. Narrativa de viajes de escritores argentinos*, Buenos Aires, FCE, 2009; Mansilla, Lucio V., *Diario de viaje a Oriente (1850-1851) y otras crónicas del viaje oriental* (edición e introducción de María Rosa Lojo), Buenos Aires, Corregidor, 2012. Una temprana perspectiva latinoamericana general sobre este tópico puede hallarse en Taboada, Hernán, “Un orientalismo periférico: viajeros latinoamericanos, 1786-1920”, *Estudios de Asia y África*, Nº 33, México, COLMEX, 1998. El caso inverso de un célebre “oriental” que visita la Argentina de los años veinte es reconstruido en Bergel, Martín, “Rabindranath Tagore: avatares de un cosmopolita periférico en el Río de la Plata”, en Bruno, Paula (comp.), *Visitas culturales en la Argentina, 1898-1936*, Buenos Aires, Biblos, 2014.

¹⁹ Amigo, Roberto, “Beduinos en la Pampa. Apuntes sobre la imagen del gaucho y el orientalismo de los pintores franceses”, *Historia y Sociedad*, Nº 13, Medellín, 2007; Gasquet, Axel, *Oriente al Sur. El orientalismo literario argentino de Esteban Echeverría a Roberto Arlt*, Buenos Aires, Prometeo, 2007; Gasquet, Axel, “El orientalismo argentino (1900-1940). De la revista *Nosotros* al grupo *Sur*”, *working paper* Nº 22, University of Maryland, 2008, disponible en <www.lasc.umd.edu/Publications/NewLASCSeries.php>; Gasquet, Axel, “El motivo árabe en el modernismo y posmodernismo argentino, 1902-1927. Ángel de Estrada, Arturo Capdevila y Álvaro Melián Lafinur”, *Transmodernity. Journal of Pheripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World*, vol. 2, Nº 2, 2013.

incursionado en el orientalismo argentino y latinoamericano. Por un lado, la perspectiva que aquí se ofrece se propone reconstruir la dinámica histórica de las figuraciones del Oriente tanto en sus cambios internos como –hasta cierto punto al menos– en relación con el peso específico que en distintos momentos detentaron dentro del conjunto de representaciones políticas y culturales que circularon en el espacio argentino. En su mayoría, los estudios disponibles han mostrado una relativa despreocupación por la historicidad tanto de los imaginarios orientalistas como de sus prácticas y artefactos constituyentes. Así, por ejemplo, las compilaciones que han agrupado aproximaciones diversas reunieron bajo el paraguas común del orientalismo latinoamericano enfoques sobre momentos y hasta siglos muy distantes entre sí, sin tratar de construir marcos temporales que expliciten las condiciones diferenciales en las que los casos estudiados se desarrollaron. De un modo análogo, se ha pretendido establecer los contornos de un “viaje argentino al Oriente” que involucraría tanto a Sarmiento como a escritores de la narrativa contemporánea del siglo *xxi*. Said insistió en la singular perdurabilidad del orientalismo, y aunque argumentó persuasivamente acerca de sus mecanismos de reproducción en el tiempo, esa faceta le valió justas críticas en relación con el carácter demasiado estático y omniabarcativo del concepto que preside su célebre obra. En definitiva, en ese delicado equilibrio entre una tradición de persistencia impar y las alteraciones que no obstante la afectaron en el derrotero del mundo, este libro está construido desde una voluntad de periodización de los cambios históricos soportados por la noción de Oriente en la Argentina.²⁰

Por otro lado, y en un sentido convergente a lo recién señalado, a diferencia de muchos trabajos la perspectiva aquí elegida se detiene escasamente en estudios en profundidad de figuras individuales, salvo en el caso de que sus vinculaciones con asuntos orientales resulten ilustrativas de códigos culturales que las trascienden. Allí donde a menudo los estudiosos se han detenido en el orientalismo de Lucio V. Mansilla u Octavio Paz, en inspecciones que con frecuencia han hecho relativa abstracción de la trama intelectual en la que esos –u otros– nombres singulares se hallaban inscriptos, este texto en cambio está compuesto sobre una gran cantidad de figuras, grupos intelectuales y dispositivos culturales que hacen su aparición en la historia que aquí se narra por haber participado en la elaboración o difusión de diferentes visiones del Oriente. Ni siquiera el caso por tantos motivos excepcional de Sarmiento interesa en esta obra en sí mismo, sino en la medida en que supo expresar –cierto que con acentos particularmente notables– el orientalismo de su época. Probablemente la única figura que escapa a esta forma de historia intelectual que se practica en el texto sea Mariátegui, cuya parábola conciliatoria del Oriente y el Occidente dentro de un horizonte cosmopolita

²⁰ No optamos en cambio por seguir la razonable propuesta de Iván Shulman de declinar en plural al orientalismo latinoamericano. Véase Shulman, I., *op. cit.*

–reconstruida en el capítulo *v* a propósito de algunos grandes intelectuales de la región que en los años veinte tuvieron impacto en la Argentina– iba tendencialmente a contramano del camino que entonces comenzaba a emprender la cultura latinoamericana de izquierdas.

En suma, este estudio se propone enfocar al Oriente como *tema cultural* –y allí radica su principal diferencia con los enfoques deudores sobre todo de la crítica literaria–, en el sentido de una búsqueda por cartografiar un fenómeno que tuvo un considerable alcance en la sociedad de su tiempo. Su objetivo por ello consiste en mostrar, a través de referencias a un amplio conjunto de manifestaciones intelectuales y culturales, cómo en las primeras décadas del siglo *xx* emerge primero y se acelera después un proceso que otorga al Oriente, desplazado ahora hacia consideraciones positivas, un significativo lugar dentro de los debates y orientaciones de la opinión pública argentina. Esta reconstrucción, que por momentos pivotea entre la clásica historia de las ideas y la de la trayectoria de los conceptos, se preocupa al mismo tiempo por una serie de dimensiones materiales que favorecieron la circulación de motivos orientales. Sin que hayamos agotado ni remotamente la agenda de problemas que suscitan, ni menos aún las situaciones históricas en las que contribuyeron a aproximar al Oriente, una lista de esos mecanismos incluye a libros de autores europeos, sobre todo franceses –como Montesquieu, Volney, Pierre Loti o Romain Rolland–, a los que luego se añaden los de algunos latinoamericanos –como Mariátegui o Vasconcelos–; viajes de intelectuales y diplomáticos; guías turísticas, consultadas ya asiduamente en el siglo *xix*; revistas literarias y de humanidades, un género que se expande con gran fortuna en las primeras décadas del siglo *xx*; traducciones y edición de textos de autores y temáticas orientales; correspondencia y prácticas epistolares, etc. En este punto, una mención especial debe hacerse al lugar que ocupa en esta investigación la prensa periódica como vehículo de producción y transmisión de imágenes sobre el Oriente, sobre todo luego del “encogimiento del mundo” que supuso el desarrollo de la red telegráfica y las agencias internacionales de noticias en el último tercio del siglo *xix*, así como de la fotografía y las publicaciones periodísticas y recreativas por ella propiciadas. Como veremos sobre todo en el capítulo *ii*, la prensa moderna no fue solamente un dispositivo decisivo en la conformación de la nueva era global que emerge en las décadas de entresiglos, sino también una formidable plataforma que dinamizó, con el concurso protagónico de los escritores e intelectuales que colaboraban asiduamente en sus filas, un espacio de controversia sobre asuntos orientales.²¹ En ese contexto de vertiginosa expan-

²¹ Consideraciones generales sobre ese proceso pueden hallarse en Bergel, Martín, “Intelectuales y prensa periódica en una época global (1880-1930)”, presentación en la mesa redonda “Lo transnacional en la historia intelectual”, IV Taller de Historia Intelectual, Universidad Nacional de Córdoba, 2014.

sión de las publicaciones periódicas, las novedades del Oriente pudieron así ser conocidas y debatidas por públicos cada vez más vastos.

Ciertamente, este conjunto de perspectivas se encuentra conectado a un amplio programa de investigación que aquí está lejos de haberse colmado. Antes bien, junto a sus eventuales aciertos este estudio sabe de sus importantes carencias. Señalemos simplemente las más evidentes. En primer lugar, por falta de competencia no se atiende aquí a fenómenos como el orientalismo pictórico o arquitectónico. Tampoco tienen mayor lugar en este libro otras manifestaciones de la cultura visual. Por caso, no han podido ser contemplados los relatos e imágenes sobre el Oriente movilizadas por la industria cinematográfica, también ella en plena expansión en las primeras décadas del siglo xx. En segundo lugar, el enfoque elegido ha tenido como contracara la imposibilidad de un tratamiento en profundidad del orientalismo de figuras de singular estatura como Leopoldo Lugones o Jorge Luis Borges –aun cuando en este último caso sus conexiones con temas orientales datan en su mayoría de momentos posteriores a los límites temporales de la exploración que aquí se ensaya–. Finalmente, la mayor debilidad de este trabajo radica en la ausencia casi total de consideraciones sobre las poblaciones de países “orientales” que arribaban a la Argentina en las décadas que retienen nuestra atención. Una aproximación de esa naturaleza hubiera requerido la apertura a un amplio conjunto de problemas históricos y metodológicos vinculados al campo específico de los estudios sobre migraciones internacionales. Digamos apenas que, en comparación a lo ocurrido en otros países del continente, dentro del caudaloso aluvión poblacional que arribó al territorio argentino, el componente de grupos originarios de países asiáticos y africanos tuvo un peso relativamente bajo.²² En la Argentina no hubo manifestaciones equiparables en alcance y virulencia a la xenofobia antichina experimentada en países como México y Perú, aun cuando la visión predominante sobre la migración del Oriente tendió a ser negativa.²³ De todos modos, y como parece haber sido habitual en América Latina, las representaciones orientalistas y las opiniones sobre los turcos y otros grupos migrantes generalmente marcharon por carriles bastante diferenciados. La distancia suele dar lustre a las cosas, y así la indiferencia o el desagrado de los que podían ser objeto los orientales reales no fueron óbice para el desarrollo de la corriente que empatizaba con el Oriente imaginado.

²² Aunque en modo alguno insignificante, como se constata en la popularización de la referencia a los “turcos”, un apelativo que solía incluir indiferenciadamente a migrantes sirios, libaneses y de otras procedencias.

²³ Véase, por ejemplo, Akmir, Abdeluahed, *Los árabes en la Argentina*, Rosario, UNR Editora, 2011. Como en otras áreas del conocimiento historiográfico, también los estudios que hacen foco en las diversas aristas de las migraciones orientales hacia la Argentina se hallan en una fase expansiva.

Para finalizar esta introducción, es útil ofrecer un bosquejo de los seis capítulos del libro, un ejercicio que permitirá observar más claramente el recorrido histórico que aquí se propone. El volumen está organizado bajo un doble criterio, cronológico y analítico. En el capítulo I se reconstruye el prisma que gobierna las ideas sobre el Oriente de los letrados argentinos del siglo xix, de la Generación del 37 al positivismo finisecular. Esa matriz, que tiene en las tematizaciones orientales de Sarmiento su más alta expresión, se diferencia del orientalismo del romanticismo europeo por cuanto aun sus incursiones estéticas y literarias no desbordan el horizonte que confinaba al Oriente a cumplir una función de contramodelo civilizatorio de la sociedad moderna a la que se aspiraba.

El capítulo II abarca el período que va de fines del siglo xix a los inicios de la Primera Guerra Mundial. Se postula allí que tres fenómenos distintos, pero conectados entre sí, concurren a horadar la matriz orientalista decimonónica argentina: el sistema de prensa, que desde la invención del telégrafo y la creciente centralidad de las noticias trae informaciones que favorecen un mayor conocimiento del Oriente, a la par que al comunicar el avance de las fuerzas imperiales europeas y norteamericanas sobre el resto del globo contribuye a despertar una sensibilidad anticolonial; la teosofía, un fenómeno cultural e intelectual específico que opera a escala transnacional y que, inspirado en la espiritualidad oriental, se afina en la Argentina hacia fines del siglo xix; y el movimiento literario modernista, que entre sus características presenta una veta espiritualista afín con algunos rasgos atribuidos al Oriente. Esos procesos confluyentes encuentran en el estallido de la Guerra del 14 un hecho que, al dar visos de realidad al tema de la crisis de la cultura europea occidental, por contraste da mayor audiencia y visibilidad a las visiones ahora positivas sobre los asuntos orientales.

El resto del texto se concentra en el lapso que va de la Primera Guerra a 1930, los años que ocupan la atención central de este estudio. En los capítulos III y IV se presentan los rasgos cardinales del discurso que llamamos orientalismo invertido, y en el que la matriz decimonónica es finalmente subvertida. En ellos se distinguen analíticamente las dos avenidas principales que configuran ese entramado cultural.

En el capítulo III se muestra cómo el antiimperialismo, surgido hacia finales del siglo xix, que cubre tras el fin de la Primera Guerra cada vez más extensamente el espacio intelectual argentino –y latinoamericano–, favorece una visión que simpatiza con las luchas anticoloniales que se llevan a cabo entonces en países como la India, China o Marruecos. Desde intelectuales como Ernesto Quesada a los grupos ligados a la Reforma Universitaria, desde diarios como *Crítica* o *La Argentina* a las revistas de las izquierdas socialista y comunista, un conjunto amplio y heterogéneo de intelectuales y grupos convergen en visualizar y aun celebrar un “despertar del Oriente”. En ese contexto, la anterior búsqueda por establecer una diferencia neta respecto

de los modelos culturales orientales, muda hacia una visión que puede por primera vez imaginar nítidamente una situación de continuidad entre esos marcos y América Latina.

El capítulo IV parte de la misma perspectiva, pero distingue dentro del orientalismo invertido un campo de estímulos vinculado a la sensibilidad espiritualista que en la época –y tras la crisis del positivismo, coincidente con la Guerra del 14– conoce también un momento de expansión. Se estudian allí una serie de hechos que abonan esa veta, tales como los vínculos entre la proclamada “nueva sensibilidad” defendida por la generación de la Reforma Universitaria y cierto Oriente espiritualizado –y promovido a través de algunos mediadores europeos, como Romain Rolland–, las efusiones orientalistas de algunas figuras de las vanguardias literarias, o las estribaciones de la sonada visita del escritor indio Rabindranath Tagore en 1924.

El capítulo V se detiene en un transitado circuito de la geografía cultural de esos años que coadyuvó a la presencia en la Argentina de ese orientalismo de nuevo tipo. En el período que sigue a 1918, sobre todo tras el estallido del movimiento de la Reforma Universitaria, se asiste a un intenso proceso de circulación de motivos y temas político-culturales entre los intelectuales del continente. Las tupidas redes que se configuran en esos años permiten una fluida propagación del nuevo discurso orientalista. El espacio cultural argentino será así tanto un exportador de esas referencias acerca del Oriente, como un activo receptor de las que provienen de espacios intelectuales de otros países de la región. En este capítulo se estudian las conexiones con la Argentina de tres prominentes figuras de la *intelligentzia* latinoamericana de los años veinte, que colaboraron en instalar nuevas representaciones sobre tema oriental: el mexicano José Vasconcelos, y los peruanos Víctor Raúl Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui.

Finalmente, el capítulo VI está destinado a mapear un fenómeno diferente, que nos permite tener una medida adicional del alcance de las nuevas apreciaciones positivas sobre el Oriente que se despliegan en la década de 1920. Se trata de la enérgica reacción antiorientista de la ascendente franja de intelectuales nacionalistas católicos. Activos receptores de autores europeos que muestran el mismo tipo de escozor, diversos integrantes de esa zona cultural –nucleada primero en los Cursos de Cultura Católica y luego en las revistas *La Nueva República* y *Criterio*– dispararán contra los grupos que muestran simpatías orientalistas, al tiempo que construirán y defenderán una idea de “cultura europea” que creen ver amenazada por la doble presión del americanismo y el orientalismo.

* * *

Esta investigación, que en su origen fue una tesis doctoral defendida en 2010 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA),

acabó siendo un rompecabezas de demasiadas piezas. Un gran número de amigos y colegas me ayudó a reunirlos y me asistió de diversos modos en el largo proceso de su composición en libro, y por eso quiero dejar reflejada aquí mi gratitud.

Mi primer y principal reconocimiento es para Oscar Terán. Aunque desde 2008 no está con nosotros, resulta evidente que el libro es deudor del crucial período formativo que pasé con él, primero como docente de su cátedra Pensamiento Argentino y Latinoamericano, luego como miembro asistente del Seminario de Historia de las Ideas, los Intelectuales y la Cultura del Instituto Ravignani de la Facultad de Filosofía y Letras, y finalmente como tesista a su cargo en la UBA y en el Conicet. Terán no solo me introdujo a la historia de las ideas y los intelectuales, y resultó para mí una presencia siempre cautivante e inspiradora a partir del peculiar estilo con el que enseñaba, escribía y hasta conversaba de temas anodinos, sino que además fue un entusiasta impulsor del tema de esta investigación. Él lo había merodeado en sus trabajos sobre Ingenieros y Mariátegui, y lo circundó más lejanamente en muchos pasajes de su obra e incluso en el armado mismo del programa de su materia, que ha estado organizada como una especie de historia del ascenso, apogeo y crisis de las ideas liberales en la Argentina. Por todo ello, lamento mucho que no pudiera ver terminado este libro, que quiero dedicar a su memoria.

Pero además de todo eso, gracias a una invitación de Terán tuve la fortuna de incorporarme al Programa de Historia Intelectual –hoy rebautizado como Centro de Historia Intelectual (CHI)– de la Universidad Nacional de Quilmes, que él fundó hace más de veinte años. El ambiente humano e intelectual que se vive cotidianamente allí es sencillamente excitante. Que ello sea así debe mucho a su actual director y principal artífice, Adrián Gorelik. Además de poder disfrutar de su brillantez impar, pocas personas como él, en un medio usualmente mezquino como es el académico, se brindan con tal generosidad a la construcción de espacios colectivos de trabajo, y dedican con total diligencia y sabiduría tanto tiempo a preocupaciones que no son las suyas. Todos quienes trabajamos con Adrián sabemos que, por esos y muchos otros motivos, contar con él es un verdadero lujo. Por su apoyo permanente, este libro también le debe mucho.

Otros dos miembros históricos del grupo inicial del CHI fueron también muy importantes para la elaboración de este trabajo. Tras el fallecimiento de Terán, Carlos Altamirano tuvo la gran atención de asumir la dirección de la tesis, y asistir y tolerar mis demoras y dilaciones en sus tramos finales. Su trabajo sobre el orientalismo de Sarmiento fue, por otro lado, uno de los soportes iniciales desde los que se construyeron los marcos del libro. Pero además, su calidez y enorme sapiencia como figura fundamental de la historia intelectual latinoamericana son otras dos cualidades de las que he podido disfrutar durante todos estos años. Jorge Myers, por su parte, es

otra pieza insustituible del CHI. Conversar con él sobre cualquier aspecto de la historia intelectual –y no solo intelectual– argentina, latinoamericana y global es también un enorme deleite. A su interés y sostén incondicional debo la posibilidad de que este texto se publicase en la colección que él dirige, “La ideología argentina y latinoamericana”, cuyo prestigioso historial se remonta a la época en que fuera creada y dirigida por Oscar Terán. El resto de los integrantes del CHI hacen también de este espacio un lugar privilegiado. Con solo nombrarlos esa afirmación resulta evidente: Flavia Fiorucci, Laura Ehrlich, Anahi Ballent, Silvina Cormick, Ricardo Martínez Mazzola, Gabriel Entin, Elías Palti, Ximena Espeche, Sebastián Carassai, Laura Prado, Dhan Zunino, Pablo Stefanoni, Alejandro Blanco, Roy Hora, Eugenia Gay, Martina Garategaray, Cecilia Durán, Ana Lucía Magrini, Pablo Roffé y Nelson Leone. A todos ellos, gracias por hacer del CHI un sitio tan placenteramente único.

Mi otro espacio institucional imprescindible de referencia, el Centro de Investigación y Documentación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CEDINCI), también ha auspiciado de muchos modos la factura de este libro y sobre todo mi formación intelectual más general. Hablar del CEDINCI es hablar de Horacio Tarcus, y con él de la cultura de izquierdas en la que me referencio y en cuyas tradiciones y preocupaciones este libro, sea indirectamente, se inscribe. Horacio no solo fue codirector de la tesis y quien me hiciera conocer la *Revista de Oriente*, su punto de partida; mucho más importante que eso, desde que lo conocí hace veinte años es un interlocutor permanente con quien, en una multitud de eventos, cenas y correos electrónicos en los que su espíritu jocoso y maximalista se dan siempre cita, comparto afinidades políticas, intelectuales y vitales. Ese mismo ánimo es el que acompaña los múltiples proyectos colectivos en los que he estado embarcado con Tarcus y con otras tres integrantes y piezas fundamentales del CEDINCI: Adriana Petra, Laura Fernández Cordero y Vera Carnovale.

A otros espacios y amigos con los que he compartido estos años también les debo distintos auxilios y estímulos. Con Adrián Gorelik, Lila Caimari, Alejandra Laera, Jorge Myers, Fernando Rodríguez y Hugo Vezzetti comparto desde hace unos años la coordinación del Seminario de Historia de las Ideas, los Intelectuales y la Cultura –ahora Seminario “Oscar Terán”–, un espacio que de diversas maneras ha sido un laboratorio en temas y perspectivas históricas y humanísticas. Emiliano Sánchez, Silvina Cormick, Hernán Topaso y Manuel Muñiz formaron parte de un proyecto UBACYT que dirigí, en el que discutimos parte de la agenda reciente en historia intelectual. Con ellos y con Juan Buonuome y Martín Albornoz conformamos posteriormente el grupo “Intelectuales, prensa periódica y sociedad global”. En otro registro, con mis amigos Daniel Sazbón, Pablo Palomino, Ezequiel Adamovsky, Claudio Benzecry, Pablo Ortemberg, Nicolás Kwiatkowski, Gabriel Di Meglio y Alejandro Dujovne mantengo desde hace años una interminable conversación sobre asuntos históricos y políticos que me nutren y estimulan. Con

Ale Dujovne además, en interminables noches y cafés, transitamos juntos los meses finales de elaboración de nuestras respectivas tesis.

En un terreno más concreto, en distintos momentos diversas personas leyeron tramos de la investigación, me hicieron observaciones temáticas o estilísticas, y me ayudaron a mejorarlo. Como integrantes del jurado de la tesis, Fernando Devoto, Elías Palti y Sylvia Saítta me hicieron valiosos aportes y sugerencias. A Adrián Gorelik y a Jorge Myers les debo una cuidada lectura del trabajo antes de su conversión en libro. Laura Ehrlich, Ezequiel Adamovsky, Lila Caimari, Pablo Ortemberg, Daniel Sazbón, Fabio Wasserman, Nicolás Viotti, Alejandro Dujovne, Hernán Pas y Emiliano Sánchez realizaron atentos comentarios y correcciones sobre algunos capítulos y fragmentos del texto. Omar Acha y Sandro Mezzadra me hicieron útiles observaciones de un artículo que publiqué en la revista *Prismas*, y que presentaba el esqueleto de la investigación.

Una larga lista de personas también me ayudó en diferentes aspectos. Ellos son: Julia Vallejo, Majo Iñíguez, Soledad Quereilhac, Paula Bruno, Marc Sant-Upéry, Emiliano Álvarez, Karina Vásquez, Martín Rodríguez Baigorria, Mariano Siskind, Hernán Taboada, Luigi Patrino, Clara Masnatta, Ana Clarisa Agüero, Diego García, Ezequiel Grisendi, Gustavo Sorá, Teivo Teivainen, Anahí Durand, José Ragas, Javier Torres Seoane, Lucía Brienza, Andrés Kozel, Ricardo Melgar Bao, Luis Ignacio García, Pablo Requena, Clara Sarsale, Maricel Rodríguez Blanco, Osmar Gonzales, André Samplonius, Barbara Weinstein, Mariana Palomino, Daniel Omar de Lucía, Hernán Taboada, Myriem Aboutaher, Axel Gasquet, Karina Jannello, Natalia Bustelo, Alejandra Mailhe, Beatriz Colombi, Soledad Martínez Zuccardi, Marie-Laure Prévost, Juan Pablo Scarfi, Ricardo Salvatore, Pablo Ortellado, Rodrigo Nunes, Martín Cortés, Ana Romero y Martín Glozman.

Mi inmersión en la historia latinoamericana debe mucho también a las clases que imparto hace más de 15 años en la materia Historia Social Latinoamericana de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Allí siempre he recibido el apoyo y la apasionada sapiencia latinoamericanista de mis compañeros, sobre todo de Patricia Funes, Dora Barrancos, Horacio Mosquera y Soledad Catoggio.

Un lugar central en estos agradecimientos es para mis amigos de dentro pero sobre todo de fuera del mundillo académico, que han sido y son un pilar fundamental, y esencialmente una gran alegría de la vida: Julia Vallejo, Bruno Fornillo, Majo Iñíguez, Claudia Martínez, Hernán Reig, Fede Joselevich y Ezequiel Yanco. A todos ustedes, mis queridos, ¡gracias!

Finalmente, a mis también queridos padres, Pablo y Norma, y hermanas María Laura y Jazmín, por todo lo que me han apoyado y también aguantado en mi largo trajín académico desde que era estudiante de grado –y aun antes–. Y a Romilita Ríos, también por su infinita paciencia, y por todos estos años tan lindos en los que, nada más y nada menos, construimos un hogar.